

DE ESCUELAS Y MAESTROS

‘Catedra’: plumier...



Rainer Maria Rilke escribió que la infancia es nuestra patria. A mí me parece que nuestra auténtica patria son las palabras con las que nuestras madres nos enseñaron a nombrar el mundo, esas palabras con las que nos entendemos y nos encontramos con otros, las palabras con las que nos queremos cuando nos enamoramos, las palabras que nos libran de la soledad y del miedo. Por eso, cada vez que puedo, procuro proteger y difundir antiguas palabras aragonesas que no están recogidas en el Diccionario de la Real Academia Española. Al fin y al cabo, la Academia fija y da esplendor a algunas palabras y otras, si no tienen quien las adopte y vele por ellas, languidecen huérfanas en la memoria, junto a los recuerdos de un tiempo pasado y quizá definitivamente perdido. Y eso es lo que sucede con ‘catedra’, así, sin tilde, una palabra fundamental en el universo que yo inauguré de la mano de mi madre y de mi abuelo Valentín el día que me llevaron a la escuela de La Balsa, regentada por doña Julia, en Caspe. Rafael Barceló Caballud en su ‘Vocabulario caspolino’, editado por la Institución Fernando el Católico, ofrece el siguiente significado de catedra: «Plumier. Caja o estuche de madera que llevaban los chavales a la escuela para guardar los utensilios para la escritura. Tengo en la catedra un manguillo, una plumilla, un lápiz, un borre y un taja». O lo que es lo mismo, tengo un mango para la plumilla, una plumilla, una goma de borrar y un sacapuntas. Sí, también borre y taja están necesitadas de cariño y buscan padrino.

Todo empieza de nuevo

Siempre he creído que estrenar en septiembre un lapicero, un cuaderno, una goma de borrar o un sacapuntas es una buena imagen del tiempo nuevo, del principio de un curso en el que todo es posible. Seguro que estos días habrá más niños que estrenen una tablet que una catedra. Pero lo que es imprescindible es que al preparar la cartera escolar reserven espacio en ella para la esperanza, las ilusiones y los deseos de aprender y de entenderlo todo, para las ganas de estar con otros niños, para las ganas de jugar, de soñar, de reír sin venir a cuento, de hacer cosas juntos, para las ganas de que los quieran y los acepten como son, para la voluntad de aprovechar el tiempo para descubrir quiénes quieren ser. Cada curso todo empieza de nuevo. Cada curso volvemos a tener la oportunidad de ser buenos, como aquel niño del poema de León Felipe le prometía a su madre que ya no volvería a ser malo para que ella le comprara un caballo blanco, con alas de pluma, y que volara muy alto y así no se mancharía de barro en la tierra su vestido nuevo, su vestido blanco.

Por: **Víctor Juan**
Director del Museo Pedagógico de Aragón